Rosemary Crompton

Clase y estratificación

Rosemary Crompton

CLASE Y ESTRATIFICACIÓN

Una introducción a los debates actuales

Traducción de M.ª TERESA CASADO

Revisión de MIGUEL REQUENA

33

INTRODUCCIÓN Y AGRADECIMIENTOS

La introducción de los libros suele ser lo último que se escribe, y la presente no es una excepción. Sin embargo, me gustaría aprovechar esta oportunidad par expresar algunos de los factores que me llevaron a escribir este libro de texto, aunque sólo sea porque muchas de las perspectivas desarrolladas en él difieren de las posiciones que adopté en mis trabajos anteriores, en particular en *Economy and Class Structure* [*Economía y estructura de clases*] (Crompton y Gubbay, 1977).

Durante los años sesenta y setenta la sociología experimentó una rápida expansión como disciplina académica. En el ámbito de las ciencias sociales la sociología siempre ha sido una disciplina crítica. Así, durante aquel período, las ideas e hipótesis relacionadas con la tesis del «fin de las ideologías» se convirtieron en uno de los más importantes blancos de la crítica sociológica. Dicha tesis argumentaba que las sociedades industriales se caracterizaban por un amplio consenso sobre los valores y las actitudes, y que los conflictos de «clase» estaban convirtiéndose rápidamente en agua pasada. Por el contrario, los escépticos de la sociología afirmaban que los conflictos de clase persistirían incluso en el capitalismo del bienestar, y que el capitalismo no podría erradicar, ni tan siquiera «manejar», la desigualdad y los conflictos de clases. Por consiguiente, durante los años sesenta y setenta la «teoría de las clases» pasó a ocupar un lugar cada vez más importante en la sociología. A todo ello vino a sumarse el renovado interés por los teóricos clásicos, sobre todo por la obra de Marx. En particular, el trabajo de Braveman *Labor and Monopoly Capital* [*Trabajo y capital monopolista*] (1974) proporcionó una serie de ideas sobre el modo en que las divisiones del proceso del trabajo reveladas por el análisis marxista podían servir para representar la estructura de los empleos y las ocupaciones. *Economy and Class Structure*, escrita durante los años setenta, reflejaba esos desarrollos. Su objetivo era proporcionar una alternativa marxista a los mapas weberianos de las clases sociales que por entonces predominaban en la sociología.

Las ideas teóricas de la sociología sobre las clases sociales se habían vinculado al enfoque sobre la estratificación social según el cual as «clases» se suponían agregados ocupacionales. Otros enfoques de

aquellos años fueron también incorporados a esos nuevos desarrollos del «análisis de clase»: en especial el supuesto de que, dado que la clase de una familia se correspondía con la de su principal sustentador, y puesto que el «cabeza de familia» solía ser varón, entonces podía suponerse que la «estructura de clases» se correspondía con la estructura del empleo masculino. Así, las principales investigaciones sobre clases y estratificación que, sin excepción alguna, se realizaron en Gran Bretaña hasta los años setenta se basaron en muestras compuestas sólo de hombres.

Esta práctica recibió ataques cada vez más duros por parte de la crítica sociológica feminista que comenzó a desarrollarse desde comienzos de los años setenta. Sin embargo, esas críticas apuntaban no sólo a la exclusión de las mujeres de las investigaciones empíricas, sino también a los supuestos fundamentales sobre los que se basaba la definición de una estructura de clase en la estructura del empleo. Es decir, sostenían que la estructura de clase (empleo) estaba ella misma sesgada por el género. De este modo, era lógicamente imposible desvincular los efectos de «clase» y «género» en la estructura del empleo. Junto a estos argumentos feministas se produjeron ciertos desarrollos de la teoría social —en especial la explicación de Giddens de la «estructuración»—, que defendían que la acción no podía separarse de la estructura en las investigaciones sociológicas, incluidas las de las «clases sociales».

A resultas de estos y otros desarrollos, el «análisis de clase» en sociología se orientó hacia otras direcciones diferentes. No obstante, durante los años ochenta, los debates sociológicos quedaron ensombrecidos por la crisis a la que se enfrentó la sociología como disciplina académica en Gran Bretaña, una crisis en la que los departamentos fueron «racionalizados» y sometidos a presiones económicas cada vez más acuciantes y los sociólogos experimentaron el proceso (a menudo doloroso) de adaptación a los «nuevos tiempos». Quizás debido a estos desarrollos, algunos conceptos sociológicos centrales —en particular el de clase— comenzaron a ser analizados con actitud crítica. Con frecuencia cada vez mayor se argumentaba el fin —o, al menos, la irrelevancia— del análisis de clase en sociología.

Así, hacia finales de los años ochenta el trabajo empírico de aquellos con interés teórico por las clases se fragmentó al menos en tres áreas: en primer lugar, el análisis de nivel macro de grandes conjuntos de datos acopiados por los que habían desarrollado enfoques teóricos relacionales sobre las «clases sociales» (Goldthorpe y Wright); en segundo, las explicaciones históricas de la formación de la clase (Lash y Urry, 1987; McNall *et al.*, 1991); y en tercero, un creciente interés por la construcción *cultural* y la reproducción de las clases asociado a una «sociología del consumo» en desarrollo que subrayaba el consumismo como característica cada vez más marcada de las sociedades contemporáneas (Bourdieu, 1986). Los sociólogos que no estaban directamente interesados por estos debates comenzaron a hacer lo que siempre habían hecho, es decir, usar el cómodo sistema taquigráfico que consideraba a la «ocupación» una medida de la «clase», sin preocuparse excesivamente por los pequeños detalles (aun cuando, como veremos, este supuesto es muy problemático). Uno de los principales argumentos de este libro es que la fragmentación apenas reconocida del enfoque sobre el «análisis de clase» en sociología es una de las razones por las que sus defensores no están bien situados para responder a la creciente corriente de críticas surgida a finales de los años ochenta que apunta tanto al concepto de clase como al análisis de clase en general.

Por consiguiente, escribí este libro con el propósito de ofrecer un panorama general del campo de estudio que facilitara el avance del debate sobre una cuestión que, desde mi punto de vista, se encuentra en cierto modo empantanada en los argumentos de las distintas escuelas del «análisis de clase». La aciaga consecuencia es que muchos profanos —e incluso algunos miembros de la comunidad sociológica— han perdido toda percepción de lo que estaba pasando en realidad. Reconozco abiertamente que mi texto contiene ciertas lagunas, pese a que pretende ser una «visión general». Mis intereses me han llevado a analizar minuciosamente la cuestión del género, pero el importante tema de la raza y la etnicidad lo examino sólo en relación con la cuestión de la ciudadanía. No toco otras dimensiones cruciales de la estratificación como, por ejemplo, la edad. Tampoco me ocupo del nacionalismo, que tras la ruptura del bloque del Este aparece como tema central de la década de los noventa. Me disculpo por adelantado por estas y otras deficiencias.

Me habría gustado dejar constancia de las becas, ayudas o años sabáticos que hubieran contribuido a la composición de este libro, pero desgraciadamente no hubo tales. Roger Burrows organizó un debate sobre clases en la Conferencia de 1990 de la Asociación Británica de Sociología al que contribuí junto con Ray Pahl y Gordon Marshall, lo que constituyó el punto de partida de este libro. Gordon Marshall fue el primero que me sugirió que escribiera un libro en lugar de un artículo, y quien leyó el primer borrador del capítulo 5. Las conversaciones con Mike Savage durante los últimos años y con Bob Holton en 1990 han contribuido mucho a clarificar mis pensamientos. Me

gustaría también expresar mi agradecimiento a David Held y Tony Giddens de Polity Press por sus consejos y comentarios, y también el anónimo corrector de Polity por sus comentarios detallados sobre el primer borrador. Gerald Crompton ha escuchado muchos más monólogos sobre clase y estratificación de los que cualquier historiador económico tiene derecho razonablemente a esperar. Expreso también mi agradecimiento a Justine Clements por llevar a cabo los últimos cambios sobre la versión del procesador de texto. Muchos otros han contribuido directa e indirectamente a la composición de este libro y espero que baste un reconocimiento general. Lo bueno (si lo hay) es de ellos, y los defecto son todos míos.

ROSEMARY CROMPTON
Universidad de Kent

1. LA EXPLICACIÓN DE LA DESIGUALDAD

INTRODUCCIÓN

Todas las sociedades complejas se caracterizan, en un grado variable, por la desigual distribución de las recompensas materiales y simbólicas. Es también el caso de que nunca ha existido una estructura persistente de desigualdad económica y social sin que hubiera también algún tipo de sistema(s) de significados que persiguiera tanto explicar como justificar la desigual distribución de los recursos societales.

El de «estratificación social» es un término general que describe estas estructuras sistemáticas de la desigualdad. En las sociedades tradicionales o preindustriales está muy extendida la idea de que las desigualdades y por ende la estratificación social son naturales y/o reflejan aspectos e la cosmología que proveen una explicación de la sociedad misma. Así, por ejemplo, en la antigua Grecia, Aristóteles afirmó: «Es así claro que hay, por razón de la *naturaleza*, hombres libres y esclavos, y que la servidumbre es justa y aceptable para los últimos... Asimismo, la relación del macho con la hembra es, por razón de la *naturaleza*, tal que uno es superior y la otra inferior, uno domina y la otra es dominada» (citado en Dahrendorf, 1969:18). Se afirma así una armonía preestablecida entre los casos naturales y las cosas sociales. Es ésta una perspectiva que efectivamente descarta todo tratamiento sociológico de la cuestión: si las desigualdades son «naturales», entonces no es necesario seguir investigándolas.

Junto a este supuesto de la «naturalidad», se ha considerado que las desigualdades derivaban de una estructura de la sociedad establecida por la divinidad, como en el sistema de castas hindú de la India clásica. En dicho sistema, el rango social corresponde a la pureza religiosa (ritual). Las castas inferiores contaminan a las superiores y, como resultado de ello, se imponen una serie de restricciones a los individuos de las castas bajas y a sus familias. De manera que el sistema de castas se corresponde (aunque no con precisión absoluta) con la estructura general de la desigualdad so-

cial[1]. Dos conceptos religiosos sostienen el sistema, el *kharma* y el *dharma*. El kharma le enseña a un hindú que ha nacido en una determinada casta o subcasta debido a que ello es lo que se merece como consecuencia de sus acciones en una vida anterior. El dharma, que significa «existir conforme a lo que es moral», enseña que vivir la vida presente de acuerdo con las normas (dharma) tiene como resultado el renacimiento en una casta superior y, por tanto, una progresión última en el sistema de castas. De modo que tanto las desigualdades de casta como cualquier posibilidad de cambio en el futuro guardan relación con verdades religiosas universales y se sitúan así más allá del alcance del examen sociológico sistemático.

De este modo, la justificación de la desigualdad material en tanto que nace de cierto orden divino o «natural» constituye un rasgo común de las sociedades tradicionales o preindustriales. Estas concepciones no sólo explican la desigualdad, sino también afirman que forma parte del orden natural de las cosas, según el cual el «mejor» debe obtener la mayor parte de las recompensas que la sociedad puede ofrecer. En la Europa feudal, así como en la Indica clásica, la estratificación venía acompañada de justificaciones morales y religiosas. Desde el siglo IX, Europa occidental fue una sociedad esencialmente rural en la que la condición de un individuo estaba determinada por el acceso a la tierra. Este sistema se encontraba en gran parte controlado por una minoría de propietarios laicos y eclesiásticos. Era una sociedad jerárquica en la que el campesinado hecho siervo estaba sometido a la dominación de los señores eclesiásticos y seculares. La Iglesia poseía poder moral y económico. Como señaló Pirenne (1936), la concepción del mundo feudal que tenía la Iglesia «se adaptaba admirablemente a las condiciones económicas de una era en la que la tierra era el único fundamento del orden social». Dios había concedido la tierra al hombre para que la habitara con el propósito de lograr su salvación eterna. El objeto del trabajo no era hacerse rico, y la renuncia monacal a las riquezas constituía el ideal al que debía tender toda la sociedad. Pretender hacerse rico significaba caer en el pecado de la avaricia, mientras la pobreza era de origen divino (Pirenne, 1936: 423).

[1] Los orígenes ideológicos y la naturaleza del sistema de castas han sido rechazados, particularmente por los antropólogos marxistas (Meillasssoux, 1973). Se argumenta que en realidad la diferenciación de las castas refleja diferencias de poder y dominación material antes que pureza ritual.

De este modo, el relativo estancamiento económico de las sociedades tradicionales guardaba relación con la rigidez social de los sistemas de estratificación. Sin embargo, estas sociedades no sobrevivieron y en el transcurso de los siglos XVII, XVIII y XIX, Europa occidental y gran parte del resto del mundo cambiaron debido al desarrollo del industrialismo capitalista, el elemento más relevante del proceso que se ha definido como la llegada de la «modernidad». Estos profundos cambios sociales y económicos acaecidos durante estos siglos se produjeron junto al desarrollo de la crítica de los sistemas tradicionales de creencias que durante casi dos milenios habían explicado y legitimado las desigualdades materiales.

Así, frente a la idea de que los seres humanos nacen desiguales por causas divinas o naturales, se desarrolló desde el siglo XVII el argumento de que, en virtud de su humanidad, todos los seres humanos nacían *iguales*, no desiguales[2]. De este supuesto se derivan los inicios del enfoque sociológico sobre la explicación de la desigualdad. Si se supone que la igualdad, no la desigualdad, es la condición «natural» de los seres humanos, entonces ¿cómo se explican y justifican las desigualdades persistentes? Si todo individuo nace con derechos naturales, ¿por qué algunos individuos dominan a otros? Estas preguntas siguen siendo los problemas centrales de la teoría social y política. En el ámbito del pensamiento político, los teóricos del contrato social ofrecieron algunas de las primeras respuestas a estas preguntas. Hobbes (1588-1679) afirmaba que la vida en el estado de naturaleza era «peligrosa, brutal y corta», se caracterizaba por la guerra del «hombre contra el hombre». La solución a este «problema del orden» era la sumisión al estado, sin la cual no habría más que caos. Locke (1632-1704) también afirmó que era la autoridad del estado la que mejor podía garantizar los «derechos naturales» a la vida, la libertad y la propiedad. Rousseau (1712-1778) expresó en una conocida frase que desde entonces ha resonado a lo largo de la historia, que «el hombre nació libre, y en todas partes se le encuentra encadenado». No pensaba que se pudiera, alcanzar la libertad absoluta, pero afirmaba que la democracia directa, expresada por medio de la «voluntad general», proporcionaba la mayor protección al individuo. Así, en el siglo XVIII se establecieron los fundamentos del argumento de que todos los «ciu-

[2] Como veremos en el capítulo 6, algunas categorías de seres humanos, en especial las mujeres, fueron inicialmente excluidas de este «contrato social fraternal». Véase Pateman (1988, 1989).

dadanos» tenían derechos políticos, tal y como se expresa en el sufragio universal y las instituciones democráticas.

El fin de la sociedad tradicional y el desarrollo del industrialismo capitalista se produjo junto al énfasis en la racionalidad del orden social moderno. El cálculo racional, no las normas de la costumbre, se erigió como el principio que debía regir la conducta económica en las sociedades capitalistas en desarrollo. Difícilmente se hubieran desarrollado la expansión de los mercados y la transformación de los procesos de producción que acompañaron a la Revolución industrial sin la erosión de los derechos consuetudinarios en el dominio del comercio y la manufactura, que afectó a todos sus aspectos e incluyó los gremios, el establecimiento de salarios y precios, las restricciones a la movilidad del trabajo, etc. Así, los cambios políticos que crearon el individuo formalmente libre también alumbraron al trabajador sin tierra que, no obstante, tenía el derecho de vender lo único que poseía: su trabajo o capacidad de trabajar. El trabajo se convirtió en una mercancía.

Las revoluciones inglesa y francesa fueron los principales cambios políticos que se produjeron en la transición al industrialismo capitalista. Sin embargo, las «libertades burguesas» que se lograron fueron duramente criticadas por el más destacado de los teóricos sociales decimonónicos, Karl Marx. Tal y como señaló en *El manifiesto comunista*, Karl Marx consideraba el desarrollo de la historia humana como un resultado de los conflictos económicos y no simplemente de los políticos: «Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de luchas de clases» (Marx y Engels, 1962: 34). La desigualdad era y siempre había sido un reflejo del diferente acceso a los medios de producción y a lo que se producía. Para Marx, el poder del estado era inseparable del poder económico, y el «individuo soberano» del capitalismo no era sino una condición necesaria del desarrollo del modo de producción capitalista. La igualdad política podía coexistir con la desigualdades materiales y, en efecto, al definir las desigualdades relacionadas con el sistema dominante de producción, distribución e intercambio como «no políticas», la ideología burguesa las legitimaba. Los trabajadores sin tierra que aparecieron como consecuencia del cambio político y económico constituían una nueva clase que emergía como resultado del desarrollo del capitalismo industrial: el proletariado, una clase que estaba llamada a transformar finalmente la sociedad capitalista.

El desarrollo del industrialismo capitalista ha sido definido como el elemento principal de la transición a la «modernidad». La idea de modernidad describe no sólo el desarrollo del industrialismo *per se*, sino también los correspondientes modos de vigilancia y regulación de la población de los estados nacionales: los Estados nacionales han sido identificados como una de las formas sociales características de la transición a la modernidad. La modernidad se caracteriza también por el desarrollo de *organizaciones*, es decir, de sistemas reflexivamente controlados que tienen la capacidad de actuar sobre el mundo social. La transición a la modernidad alumbró un mundo peculiarmente dinámico, un mundo que se encuentra en un proceso constante de cambio y transformación.

En este libro analizaremos la «clase» como un fenómeno distintivamente moderno. Como veremos, el concepto de clase tiene varios significados diferentes. Sin embargo, describir la clase como un concepto «moderno» equivale a sugerir que constituye principalmente una característica de los sistemas modernos de estratificación, de las sociedades «industriales», frente a las estructuras «tradicionales» de desigualdad asociadas a características adscritas o supuestamente naturales tales como las de los estados feudales o las jerarquías definidas religiosamente, y las del género y la raza. En el mundo moderno, las organizaciones basadas en la clase —es decir, las organizaciones que pretenden representar a las clases y a los intereses de clase— han constituido la fuente dinámica de muchos de los cambios y las transformaciones que han caracterizado la Edad Moderna. Esto no significa que las «clases» no existieran antes de la modernidad, sino que el discurso de la «clase» se ha convertido en uno de los conceptos más importantes para empezar a comprenderla[3].

Por consiguiente, la «clase» constituye un importante concepto organizador en la exploración de los sistemas de estratificación contemporáneos. No obstante, a pesar de la importancia que adquieren las desigualdades relacionadas con las estructuras de producción, distribución e intercambio con la transición al industrialismo, eso no significa que las formas establecidas de distinción y diferenciación social desaparecieran de la noche a la mañana. Las desigualdades consuetudinarias, en particular las que se relacionan con los *status* adscritos asociados a la edad, el género y la raza, han persistido en la Edad Moderna.

[3] Como veremos en el capítulo 2, Marx afirmó que, igual que las sociedades capitalistas, las sociedades feudales estaban estratificadas en clases. Sin embargo, debemos sugerir que el discurso de la «clase» es peculiarmente moderno, y ésta es la principal razón por la que desde ahora el término se referirá exclusivamente a las sociedades industriales modernas.

No sólo han persistido en la edad moderna las desigualdades consuetudinarias, sino también muchas de las ideas que las apuntalaron. Hirsh (1977) ha señalado que el «legado moral» de las instituciones precapitalistas proporcionó los fundamentos sociales para el orden capitalista en desarrollo. Las ideologías asociadas a la religión y la costumbre en las sociedades tradicionales identificaban los distintos niveles de recompensa material que debían corresponder a los diferentes rangos de la sociedad, ofrecían esperanza tras la muerte y proporcionaban una poderosa justificación moral para la distribución desigual de recursos. También incluían normas relativas a la conducta individual tales como la verdad, la confianza, obligaciones sociales consuetudinarias y las restricciones a los apetitos. Hirsch afirmó (1977: 117) que el capitalismo tardío del siglo XX se habría de enfrentar a un «legado moral en vías de agotamiento»: «La moralidad social que ha proporcionado los fundamentos al individualismo económico era un legado del pasado preindustrial y precapitalista. Con el tiempo, y debido al contacto corrosivo de los activos valores capitalistas, este legado ha perdido fuerza.» Goldthorpe (1978) amplió la lógica del análisis del Hirsch para sostener que el período de rápida inflación que sufrió Gran Bretaña durante los años setenta se debió en parte a la decadencia del *orden de status*, es decir, reflejó la erosión de los supuestos consuetudinarios que habían proporcionado una base normativa a la distribución desigual de recompensas en una sociedad de mercado. Si los supuestos consuetudinarios relativos a la desigualdad fueron y están siendo erosionados, ¿cómo lograr cohesionarse las sociedades desiguales, sobre todo dada la presunción de la igualdad fundamental de los seres humanos?

ORDEN SOCIAL Y TEORÍAS DE LA DIFERENCIACIÓN SOCIAL

La desigualdad constituye un rasgo característico de toda sociedad compleja. Por lo tanto, una de las respuestas a la pregunta formulada más arriba podría ser que las desigualdades materiales no han de ser algo necesariamente negativo. En efecto, ése ha sido uno de los temas alrededor del que giran los argumentos neoliberales sobre la desigualdad. Estos argumentos distinguen entre las igualdades legales o formales —por ejemplo, la igualdad ante la ley y la igualdad de oportunidades— y la igualdad de resultados. Sin embargo, los neoliberales afirman que la búsqueda de la igualdad de resultados —por ejemplo, mediante los programas de acción afirmativa— contradice el principio de igualdad legal o formal. Ésta es la razón por la que la acción afirmativa o positiva dirigida a los grupos que supuestamente están en situación de desventaja trata a los supuestamente aventajados como si estuvieran por debajo de sus iguales. Así, por ejemplo, recientemente hemos presenciado en los Estados Unidos el fenómeno de estudiantes varones blancos que solicitan la asistencia a cursos universitarios y se sirven de la legislación sobre igualdad de oportunidades para desafiar la asignación de cuotas de plazas a las minorías étnicas en los cursos más prestigiosos. Otra idea relevante de los argumentos neoliberales ha sido que, en cualquier caso, las desigualdades materiales son beneficiosas y positivas para las sociedades modernas. Economistas como Hayek han afirmado que la persecución del interés propio en la sociedad capitalista propicia la innovación y el avance tecnológico. Los inventores y los empresarios pueden tener éxito o fracasar, pero en todo caso la sociedad en su conjunto se beneficia de los avances que logran estos individuos dinámicos en materia de transporte y comunicación de masas, bienes de consumo como coches, lavadoras, etc[1]. El capitalismo es dinámico *porque* es desigual, y los intentos dirigidos hacia la igualdad pueden tener como consecuencia última la pérdida de la iniciativa. Así, neoliberales como Berger han llegado a mantener: «Si se interviene para lograr una mayor igualdad material, se corre el riesgo de estropear el motor económico de la abundancia y hacer peligrar los niveles materiales de vida de la sociedad» (1987: 48).

Estos argumentos neoliberales tienen su paralelo en la teoría sociológica funcionalista de la estratificación (Davis y Moore, 1945; reimpreso en 1964). «La desigualdad social —afirmaron— es, por tanto, un mecanismo inconscientemente desarrollado por el que las sociedades se aseguran de que las posiciones más importantes son ocupadas de modo responsable por las personas más cualificadas» (1964). En el caso particular de las sociedades industriales avanzadas los individuos deben ser inducidos a prepararse para ocupar posiciones que requieren un nivel alto de cualificación, y deben recibir compensación a cambio de aceptar los riesgos que entraña ocuparlas. Dicho en pocas palabras, su teoría sugiere que en las sociedades industriales, caracterizadas por una división compleja del trabajo, se produjo un nuevo consenso respecto de la igualdad que sustituyó al anterior. Mientras el antiguo consenso se fundaba en la costumbre y las percepciones religiosas (por ende, no racionales) del valor (ri-

[1] Un contraargumento obvio es que muchos de los bienes y servicios creados por los innovadores no han beneficiado ni al entorno ni a la sociedad en general. Pueden citarse como ejemplos el tabaco y la talidomida.

queza), el nuevo consenso refleja la racionalidad de las sociedades industriales modernas. Los grupos diferentes no son percibidos como necesariamente antagónicos; son, por tanto, descritos desde la perspectiva funcionalista como "estratos" socioeconómicos más que "clases".

Los orígenes de las teorías funcionalistas de la estratificación se encuentran en el funcionalismo estructural parsoniano que dominó la teoría sociológica en los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. En los capítulos 2 y 3 analizaremos detenidamente estas ideas. Las teorías funcionalistas de la estratificación también reflejan algunos elementos del análisis durkheimiano de las consecuencias sociales últimas de la división del trabajo en la sociedad industrial. Durkheim (1968) era plenamente consciente de las consecuencias negativas de la división del trabajo (la pobreza, el descontento social, etc.) generadas por el desarrollo del capitalismo industrial, pero afirmaba que, no obstante, las formas «normales» de la división del trabajo conducirían al desarrollo de la «solidaridad orgánica», la solidaridad a través de la interdependencia, en las sociedades industriales complejas.

Así, las teorías funcionales de la estratificación sugerían que la desigualdad en las sociedades complejas se legitimaba en virtud de un consenso emergente de valores relativo a la importancia societal de determinadas funciones. Es importante reconocer que estas teorías incorporan una justificación moral de la desigualdad económica muy manida desde la llegada del liberalismo económico: en una sociedad competitiva de mercado el que tiene más talento y ambiciones —en suma, el *mejor*— es el que llega más alto y, por lo tanto, el que consigue la mejor parte de las recompensas de las sociedades. Sin embargo, muchos estudiosos han comentado que estos argumentos se basan en la presunción de la igualdad de oportunidades (como Durkheim afirmó, la «igualdad de los socios ante el contrato» en la división del trabajo). De este modo las condiciones y la posibilidad de la igualdad de oportunidades cobran mucha importancia en los debates sobre la estratificación.

La igualdad de oportunidades es una justificación poderosa de la desigualdad. Si todos tienen las mismas oportunidades de ser desiguales, entonces el resultado desigual puede considerarse justo y justificarse como un reflejo de las desigualdades «naturales» entre los talentos personales y no de procesos sociales estructurados. Aunque de hecho nunca se ha alcanzado una verdadera igualdad de oportunidades, el supuesto de que se trataba de una Cosa Buena dominó el consenso liberal que prevaleció en la mayoría de las sociedades occidentales tras la Segunda Guerra Mundial y que vio cómo se ampliaba el gasto estatal en educación, salud y bienestar. Sin embargo, los neoliberales siempre se han pronunciado en contra de estos supuestos, y en los últimos años ha crecido la influencia política y las políticas concretas de este tipo. En el terreno de la sociología Saunders (1990a) ha defendido el retorno a la perspectiva funcionalista en la teoría y la investigación empírica de la estratificación.

Los funcionalistas han utilizado dos argumentos estrechamente relacionados para explicar y justificar las desigualdades materiales en una sociedad que reconoce política y jurídicamente la igualdad. En primer lugar tenemos el argumento de que las recompensas desiguales proporcionan una estructura de incentivos que garantiza que los individuos con talento se esforzarán e innovarán, contribuyendo así a la mejora de los niveles materiales de la sociedad en su conjunto; y en segundo lugar, aparece la idea de que existe un amplio consenso sobre la legitimidad de las diferentes recompensas porque esos innovadores son funcionalmente más importantes para la sociedad.

Otros han subrayado, sin embargo, las tensiones, la inestabilidad y las tendencias a la crisis asociadas a las estructuras permanentes de la desigualdad. Marx predijo que la estructura fundamental de la desigualdad de clase, asociada al acceso diferente a la propiedad y al control de los recursos productivos, conduciría a través de la lucha de clases entre el trabajo y el capital a la derrota revolucionaria y a la transformación final del industrialismo capitalista. Muchos teóricos de la estratificación no marxistas han subrayado también la intrínseca inestabilidad de las sociedades de mercado capitalistas antes que la tendencia hacia el consenso emergente y la estabilidad. A diferencia de los funcionalistas, «teóricos del conflicto» en el campo de la estratificación como Dahrendorf (1959), Rex (1961) y Collins (1971) han subrayado la importancia del poder y la coerción en toda explicación de la desigualdad. No obstante, aunque estos escritores insisten en la persistencia del conflicto y se muestran escépticos ante la emergencia de un verdadero acuerdo concerniente a la estructura de las desigualdades existente, a diferencia de Marx no pronostican la ruptura inminente del orden social y de su estratificación.

Y ello se debe en parte a que el conflicto permanente convive en una difícil tensión con las tendencias a la regulación de las sociedades de mercado capitalistas. El «legado moral en vías de agotamiento» identificado por Hirsch puede hasta cierto punto haber sido sustituido por ciertas instituciones que se han desarrollado en la propia estructura del capitalismo. Dahrendorf (1988), Lockwood (1974) y Rex (1986), por ejemplo, se han inspirado todos ellos en el concepto de

«ciudadanía» de T. H. Marshall (1963), para señalar que el desarrollo de la ciudadanía social (por ejemplo, los derechos universales como la educación y las instituciones del bienestar) ha contribuido de modo particular a mitigar las desigualdades de clase (capítulo 6). Durante el siglo veinte ha habido largos periodos históricos (que duraron varias décadas en países como Suecia) en los que se ha mantenido un acuerdo corporativo entre el trabajo y el capital (Therborn, 1983).

Un rasgo común a los autores que trabajan en el campo de la estratificación social desde la perspectiva del «conflicto» es que todos ellos identifican las *clases* sociales como los «actores» principales de los sistemas de estratificación de las sociedades industriales. Sin embargo, brilla por su ausencia la precisión o el acuerdo en lo que se refiere a la definición y el significado de «clase».

LA ESTRATIFICACIÓN Y EL DEBATE SOBRE LAS CLASES SOCIALES

Durante los últimos años un tema común en el ámbito de la sociología (y, en general, en los comentarios sobre la sociedad y la política) es que la «clase» está perdiendo relevancia a finales del siglo XX. Pahl (1989: 710) ha afirmado que la «clase como concepto está dejando de ser útil para la sociología», y Holton y Turner han señalado que la «clase» constituye «una cuestión cada vez más redundante» (1989: 194). Puede sugerirse que la retirada de la clase se está convirtiendo en el equivalente sociológico del nuevo individualismo. En este libro se defiende que, si bien es cierto que reina la confusión en torno al uso del término, no hay suficientes razones para rechazar totalmente la clase como un «concepto decimonónico pasado de moda».

No deja de ser paradójico que afirmaciones recurrentes en el análisis sociológico como la de la redundancia de la «clase» surjan en un tiempo en el que el interés no sociológico por el tema muestra escasos síntomas de estar disminuyendo. Por ejemplo, durante la contienda por el liderazgo del Partido Conservador (y el cargo de Primer Ministro) de 1990 en Gran Bretaña, se sacó mucho partido de la «carencia de clase —o más bien de la movilidad ascendente— del ganador final, John Mayor[3]. Se

[3] En este argumento se escucha el eco de lo que sucedió en la campaña electoral de 1963. El Gabinete conservador de aquellos años estaba formado en su mayor parte por antiguos alumnos de Eton, y el líder laborista (Harold Wilson) sacó mucho partido en la campaña de sus orígenes humildes frente a la procedencia social de los conservadores. El Partido Laborista ganó las elecciones.

trataba de un argumento poderoso, y los defensores de los otros candidatos se vieron en la necesidad de intentar demostrar que habían *carecido* de «ventajas de clase» a pesar de sus orígenes y antecedentes patricios. Esto condujo a Douglas Hurd (otro candidato a líder) a describir a su padre como un granjero (¿sin clase?), que había «logrado a duras penas reunir» el dinero necesario para mandar a su hijo *con una beca* a Eton, y a un defensor de Heseltine (un tercer candidato) a señalar repetidas veces que su candidato había empapelado personalmente la casa de huéspedes que sirvió de plataforma para la construcción de su imperio inmobiliario. En aquella misma semana de batalla por el liderazgo, el Ministro de Justicia Harman resolvió que el Concejo Municipal Conservador de Westminster no podía vender las propiedades cuyo contrato de arrendamiento especificaba que sólo podrían ser utilizadas como «morada para la clase obrera... y no para otro propósito». Desde Westminster se afirmó que el término «clase obrera» ya no tenía sentido. Sin embargo, la justicia resolvió que aunque el Parlamento no utilizara ya el término en la legislación inmobiliaria, ello no significaba que no tuviera significado en el inglés coloquial (los protagonistas eran conscientes de que una vez en el mercado, las propiedades aumentarían de precio hasta un nivel que se situaría fuera del alcance de la «clase obrera»). Todo hace suponer que la «clase» continúa siendo un tema que merece un artículo de toda una página en un prestigioso dominical (*Observer*, 6 de octubre de 1991) y una serie de la cadena de televisión BBC de varias semanas de duración.

Los sociólogos podrían replicar que el uso del término «clase» en el discurso académico difiere considerablemente de su uso en el habla coloquial: la utilización cotidiana de la palabra se aproxima más a la noción de prestigio o distinción social. Esto parece confirmarse en la opinión periodística de que «con el paso de los años, el asunto de la diferencia de clase ha quedado reducido a una cuestión de estilo. Los nuevos antropólogos de la clase han dejado de ser sociólogos. (*Observer*, 6 de octubre de 1991). Pero ¿por qué razón habría de considerarse el estilo fuera de los límites de la sociología? En todo caso, los mismos periodistas que definen la clase como «estilo» añaden: «Quien crea que nos encaminamos hacia una sociedad sin clases sólo tiene que pararse a considerar la procedencia social de los que inician estudios superiores para rectificar su opinión. La política de los *tories* en materia educativa, caso de que haya servido para algo, ha convertido la educación en algo que se basa más que nunca en la clase.» Estos argumentos tienen escasa relación, de tener alguna, con el «estilo».